

## NOTA ACERCA DEL SERMON SIGUIENTE.

*El sermón que se sigue es también sobre la oración; no tiene exordio, porque no se halló en el manuscrito del ilustrísimo señor Massillon, por lo que ña parecido conveniente poner la división al principio. El sermón antecedente no hace menos apreciable al que se sigue, porque en él se hallan muchos rasgos propios de la elocuencia del autor.*



## SERMON II.

PARA EL JUEVES

## DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

~~~~~  
SOBRE LA ORACIÓN.

DIVISION.

No pedir en la oración mas de lo que se debe  
y pedirlo como se debe.

La necesidad y utilidades de la oración se hallan tantas veces repetidas en los libros santos, y el mismo hombre lleva tan vivamente impresa esta verdad en lo íntimo de su propio sér y en la flaqueza de sus inclinaciones, que casi parece inútil el instruir en este asunto á los fieles. Y á la verdad, católicos, si hay un Ser Supremo y superior á nosotros, autor de este mundo que habitamos, que le mantiene con la fuerza de su palabra, y que quiere ser conocido y adorado de sus criaturas, debe ser la primera obligación

TOM. III.—P. 37.



del hombre levantar los ojos al cielo, reconocer al Señor de quien depende, rendirle homenaje de todo cuanto halla en sí, ofrecerle todo cuanto ha recibido de su mano, y establecer con él un santo comercio de amor, de adoracion, de servidumbre y de accion de gracias. ¿Qué puede ser un hombre que reconociendo á este Ser Supremo no le dirige sus oraciones? Será un infeliz sin Dios, que vive solo en el universo, que no conoce dependencia de otro sér mas que de sí mismo, que registrando su propio corazon se halla solo con sus penas, sus disgustos, sus inquietudes y sus errores con quien poder conversar; es un desgraciado que limita todas sus esperanzas al sepulcro, que ciñe á la tierra todos sus deseos, que se mira como un vapor formado por el acaso, pronto á desvanecerse y perderse para siempre en los inmensos espacios de la nada; que no cree haber sido formado mas que para los breves dias que ha de vivir en la tierra; que vive en el universo como un hombre á quien solamente la casualidad hubiera arrojado á una isla remota é inaccesible, en la que estaria sin dueño, sin soberano, sin cuidado, sin disciplina, sin esperar alivio, sin prometerse mejor fortuna, sin cansar al cielo con inútiles súplicas, sin tener á quien dirigir sus votos y sus deseos fuera de aquel confuso abismo en que se veria sepultado, y sin buscar mas consuelo en la desgracia de su suerte, que una torpe inaccion; pues tal es el hombre que nunca trata con el Señor que le hizo.

En segundo lugar, si no podemos formar por nosotros mismos ni un solo deseo que sea digno de la atencion de Dios, si las inclinaciones violentas y continuas precipitan incesantemente nuestro corazon hácia los placeres ilícitos, si todos nuestros caminos están sembrados de escollos y somos acometidos en ellos de enemigos invisibles, si las ri-

quezas nos corrompen, la prosperidad nos ensorbece, la afliccion nos abate, los negocios nos distraen, el sosiego nos entorpece, las ciencias nos hinchan, la ignorancia nos descamina, las compañías nos engañan, la soledad nos molesta, la salud aviva las pasiones, la enfermedad engendra tibieza ó murmuracion; en una palabra, si despues de nuestra caida cuanto nos rodea nos sirve de lazo, de error ó de tentacion, ¿qué esperanza de salud le puede quedar al hombre en un estado tan peligroso, sino el llamar á su Dios en su socorro y dirigir continuos suspiros al cielo desde lo profundo de nuestra miseria, para que venga el mismo Señor á refrenar nuestras indómitas pasiones, á fijar nuestras inconstancias, á aclarar nuestros errores, á sostener nuestras flaquezas, á despertar nuestra negligencia, á separar los peligros, á mitigar las tentaciones, á abreviar las horas del combate y á levantarnos de nuestras caidas?

Sí, católicos, la oracion es el manantial de todas las gracias y el remedio de todas nuestras necesidades: Si el estímulo de Satanás rebela la carne contra el espíritu, en ella se fortifica la enfermedad: si la figura del mundo nos divierte y deslumbra, en ella se perfecciona la fe; si no obstante nuestras mas vivas resoluciones nos dejamos arrastrar de la ocasion, por ella se nos da la fidelidad; si los cuidados del siglo entibian nuestro fervor ó distraen nuestros sentidos, con ella se renueva la devocion y se halla el recogimiento; si la inconstancia de nuestro corazon nos hace experimentar aquellos peligrosos instantes de disgusto en el servicio de Dios, en ella se aviva el gusto del don celestial y se conoce lo suave que es el Señor; si las máximas de los insensatos y los errores del mundo han debilitado en nuestro espíritu las verdades de eterna salud, en ella se aumentan las luces y se disipan todas aquellas vanas fantas-



mas que habia formado en nosotros el espíritu de tinieblas; si no podemos permanecer con nosotros mismos, si el retiro nos horroriza, si el juego, las concurrencias, los placeres se han hecho diversiones inevitables contra la molestia que nos persigue, en ella aprendemos á vivir sin el mundo, á no podernos sufrir y hallar solamente en Dios nuestras mas suaves delicias; si las cruces, las lágrimas, las amarguras de una vida cristiana asustan nuestra flaqueza y nos impiden el que nos convirtamos al Señor, en ella se nos presenta la inocencia con todas sus gracias, se abre el seno de la gloria, y las tribulaciones transitorias no parecen nada comparadas con los bienes futuros con que han de ser coronadas; si gemimos con el peso de nuestras cadenas, en ella nos conforta poco á poco una mano invisible; si estamos en lo profundo del abismo y de la disolucion, y si parece que nuestras iniquidades, como una piedra fatal, han cerrado la entrada y nos quitan toda esperanza de socorro, en ella un rayo de luz empieza á penetrar el horror de estas tinieblas, y resuena la voz celestial aun en la morada de la muerte; si nos hallamos en aquellos nuevos combates de la penitencia, en que la gracia y el apetito disputan entre sí nuestro corazon, y en que somos tentados pero no vencidos, inclinados al bien pero no convertidos del todo, en la oracion se acaba la victoria, se fijan las irresoluciones y queda el Señor por dueño. Si la perfidia ó la injusticia nos han despojado de nuestros bienes y de nuestras dignidades y han trastornado nuestras mas bien fundadas esperanzas, con la oracion hallamos en lo mas profundo del retiro á donde nos ha arrojado una fatal desgracia, un amigo mas fino que el que perdimos, un dueño mas poderoso que aquel á quien serviamos, unas recompensas mas seguras que las que esperábamos; si nos ha infamado la

calumnia, en la oracion nos consolamos de los injustos juicios de los hombres con aquel Señor que á todos nos conoce; si nos aflige la enfermedad, en la oracion derrama el Señor aceite sobre nuestras heridas; si hemos perdido un padre, un esposo ó un protector, en la oracion empieza Dios á servirnos de todo. Los hombres que no pueden remediar nuestras pérdidas, tampoco pueden consolarnos en nuestro dolor, son unos débiles consoladores que en vez de aliviarnos nos cansan, que nos exhortan á la paciencia, pero no la pueden introducir en nuestro corazon; y si no orais, ninguna de vuestras aficciones tiene remedio. En una palabra, contemplaos en el estado que quisiéreis; la oracion os consuela si es triste, os proporciona el alivio si es penoso, os asegura si es incierto, os preserva si estais expuestos en él; pero aun cuando solamente nuestros intereses no nos hicieran de la oracion el ejercicio mas suave y de mas consuelo por la fe, aun cuando en el destierro en que vivimos apartados de nuestro Dios, sujetos á tantas miserias, esclavos de tantas necesidades, entregados á tantas flaquezas, pudiésemos hallar fuera de él algun verdadero deleite y algun consuelo para nuestros males, ¿no debiéramos adorarle, pues somos obra suya, y él fué quien nos sacó del seno de nuestras madres y no ha cesado despues de añadir á este otros nuevos beneficios? ¿tenemos acaso otras obligaciones mas esenciales que las de darle continuamente gracias por ser el remunerador de nuestras penas y el Juez eterno de nuestras acciones? ¿no debiéramos pedir que se interesase su misericordia en nuestra eterna salud, aplacar su justicia por nuestros pasados delitos y rogarle que no se acuerde de ellos en su indignacion?

Finalmente, católicos, el cristiano es un hombre de oracion; su origen, su estado, su naturaleza, sus esperanzas,



el país de su habitacion, todo le avisa que debe orar. La misma Iglesia, en la que nos ha incorporado la gracia del Evangelio, aunque extranjera acá en la tierra, no es mas que una triste paloma cautiva en Babilonia, que siempre gime y se queja, y solo reconoce á sus hijos por los suspiros que continuamente envian hácia su patria, y el cristiano que no ora, él mismo se separa de la congregacion de los santos, y es peor que un infiel.

Pero cuanto mas necesaria y útil es la oracion, mas importa orar como se debe. Las utilidades de esta obligacion, tan esencial á la vida cristiana, están vinculadas al modo de cumplirla, y si orais mal, no orais. La fe, pues, dice San Agustin, es la primera condicion y como la raiz de la cristiana oracion: *Fides fons orationis*. Cuando ora la fe empieza haciéndonos aborrecer todo cuanto en nosotros desagrada á Dios, á quien queremos aplacar; no pide mas dones que los que nos pueden hacer agradables á su vista, y respecto de los bienes temporales y de los demás dones perecederos; se remite á los eternos designios que Dios ha formado en orden á nuestra suerte, igualmente dispuesta á bendecirle, ya sea que nos los conceda ó que nos los niegue; esto es, es sincera, desinteresada y sumisa.

Pero os suplico que advertais estas tres condiciones en la oracion de nuestra santa cananea. Primeramente empieza saliendo de su país y de en medio de un pueblo que era maldito. *Egressa a finibus illis*.<sup>1</sup> Aparta su corazon de todo lo que puede apartar de ella la vista de su Salvador; deja do lo que puede apartar de ella la vista de su Salvador; deja allí los ídolos que sus padres la habian enseñado á adorar, y ya no cuenta con su débil proteccion; tampoco la detiene

<sup>1</sup> Math. 15, v. 82.

su hija, aunque la deje en los últimos instantes de su vida, entre crueles tormentos, y cuando su cuidado y su presencia la serian mas necesario. No espera como la mujer de Samaria á que el hijo de David venga á buscarla en medio de su pueblo y de sus desórdenes; renuncia desde luego á los dioses de Canaán y á los desórdenes de sus primeros caminos, y corre apresurada á reconocer al deseado de las naciones, al destruidor del imperio de Satanás, y á aquel que habia de levantar la maldicion pronunciada contra la descendencia de Cham. *Egressa a finibus illis*. ¿Nos valemos nosotros, católicos, de estas precauciones cuando venimos á presentarnos á Jesucristo en la oracion? ¿salimos de entre nuestros ídolos y de nuestro pueblo? Dios nos manda que sacudamos el yugo de la iniquidad que está en nuestras manos, antes de atrevernos á levantarlas hácia él: *Si iniquitatem, quae in manu tua est, abstuleris a te... tunc levare poteris faciem tuam absque macula*.<sup>1</sup> Y pues vamos á pedir, no debemos presentar á la vista de nuestro bienhechor cosa alguna que pueda detener sus gracias; si vamos á adorar, no hemos de conservar en nuestro corazon cosa alguna que desmienta nuestros respetos; si vamos á humillarnos por nuestros delitos, no debemos llevar ya á la presencia de nuestro juez nuestros culpables afectos; á lo menos es preciso que aborrezcamos nuestras llagas, dado caso que aun no podamos cortar hasta lo vivo para curarlas. Es necesario á lo menos gemir por nuestra miseria, dado caso que aun no podamos alcanzar de nuestra flaqueza aquel generoso esfuerzo que debe libertarnos; y así toda oracion debe nacer de algun principio de penitencia y servir de paso á la conversion; toda oracion debe ó mudar el

<sup>1</sup> Job. 1. v. 14 15.



corazon ó nacer de un deseo de mudanza, porque si no, no orais; vais á insultar á la santidad del Ser Supremo; y con todo, católicos, todos los días nos presentamos á la vista de la divina Majestad con unos vergonzosos lazos, con pecaminosos deseos, con ódios crueles y con proyectos quiméricos de fortuna; le pedimos que nos perdone nuestras ofensas, y nosotros no solamente no nos arrepentimos de ellas, sino que acaso meditamos otras nuevas; le pedimos que nos libre de la tentacion y queremos caer en ella; deseamos que sea santificado su nombre y nos hallamos con ánimo de volver á ultrajarle; le pedimos que nos sea dado su reino y aun queremos ser del número de los fornicarios, de los injustos y de los adúlteros que no le han de poseer. En una palabra, deseamos que se cumpla su voluntad y no queremos obedecerle. ¿Son estos por ventura, ¡oh Dios mio! pretendientes que os piden gracias, pecadores que esperan su perdon, necesitados que os representan su miseria ó profanos que os insultan? ¿Qué hay en estas oraciones que no provoque vuestra ira en vez de solicitar vuestros favores? Delante de vuestra Majestad están conversando con sus pasiones, en vez de hacerlas callar siquiera en vuestra presencia, y muchas veces salen de la oracion con el corazon mas encendido y con el espíritu mas ocupado en algun designio, en alguna empresa ó en alguna passion, que cuando entraron en ella. La única cosa de que está vacío, ¡oh mi Dios! es de vuestras verdades y de vuestra gracia.

Pero no basta, católicos, el ponerse en la oracion á vista de Dios sin estorbo alguno que pueda apartar las gracias que vamos á pedirle; es necesario que la fe regle y purifique nuestros ruegos. Segunda condicion de la oracion cristiana, señalada en la conducta de la santa mujer de nues-

tro Evangelio. Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí: *Miserere mei, Domini fili David.* Permitidme, católicos, que haga aquí dos reflexiones. La primera, que no dice, como repara San Juan Crisóstomo, curad á mi hija; sino tened misericordia de mí. Lo primero que se la ofrece en la oracion son sus propias necesidades; conoce que su alma está bajo la tiranía de un demonio invisible, y su libertad la parece mas importante que la salud corporal de su hija; por eso pide desde luego el reino de Dios y su justicia, persuadida á que todo lo demás se la dará como accesorio. Pues esta es la regla, amados oyetes míos; ¿pero la observais en las calamidades que os afligen? ¿empezais invocando la misericordia del Señor sobre las ocultas miserias de vuestra alma, ó sobre los males temporales que exteriormente os molestan? ¿pedís la caridad que siempre permanece, antes que otros dones menos excelentes y que han de perecer con vosotros? ¿os interesa mas vivamente vuestra conversion que vuestras desgracias? Cuando un revés de la fortuna, ó por mejor decir, un órden secreto de la Providencia os ha hecho decaer de aquel estado de prosperidad en que os habian colocado vuestro nacimiento y las riquezas de vuestros mayores, ¿cuál fué la primera súplica que vuestro corazon afligido dirigió al Señor? Libradme, le dijisteis, de los que me persiguen; no hicisteis memoria de su gracia, de vuestra eterna salud, ni de vuestros enemigos domésticos. Cuando aquel esposo, aquel amigo, aquel jefe, de cuya vida dependia vuestra fortuna, estuvieron á pique de faltaros, y teníais ya por inútiles todos los humanos socorros, y os fué preciso levantar los ojos al cielo y poner toda vuestra esperanza en el Señor, ¿qué fué lo primero que le pedisteis? ¿que os librase de las calamidades que os amenazaban, ó que os perdonase los pe-